

ART Y LETRAS

LA SAETA EN ELAIRE

POR GUILLERMO DIAZ-PLAJA

LA HISTORIA MINIMA. —
 Hubo un tiempo en que la Historia se hacía únicamente de grandes ademanes. Corresponde a la época de los cuadros de Historia en la que las Academias proponían a los aprendices de pintar temas como «Anibal atravesando los Alpes» o «La rendición de Numancia». Pero la Historia —quiero decir la concepción de la Historia— tuvo también un día su Revolución Francesa y el estado llano irrumpió en su recinto. Coincidió esto con los primeros descubrimientos de la Prehistoria, suerte de Historia tan humilde que ningún gesto heroico recogía, sino la sencilla existencia cotidiana referida por los instrumentos domésticos más elementales. Entonces pudo aprenderse que, paralelamente y por debajo de la Historia de los grandes gestos, había la historia de cada día, el primer día del cotidiano que, a veces, era tan expresiva, tan honda y tan jugosa que aleccionaba de modo supremo sobre la psicología de un pueblo, de una época, de un país.

De esta historia mínima no quedaban relatos, porque las crónicas estaban todas ellas referidas a los magnos ademanes heroicos. Hubo que acudir a las randijas que, insospechadamente, dejaba abiertas el Pasado. Del fondo de un retablo se extraía la forma de un mueble, como del rincón de una estrota la manera de vestir o de calzarse. Y se aprendía más de los poetas que de los historiadores.

Hacia falta, únicamente, un saber minucioso y un alma benedictina que fuese ordenando estos pequeños datos para reconstruir la vida cotidiana del pasado. Cuando Langlois hizo esta prueba con los «romans franceses medievales», el mundo erudito quedó asombrado de la frescura y de la jugosidad que esta historia mínima traía a los estudios sobre el pasado. Comparada con la «historia adrede», estas cuadros tenían el sabor de lo espontáneo y de lo nuevo. Después se han creado nuevas maravillas en el género: pensamos en «El año de la Edad Media», de Hützing.

Digo todo esto a cuenta de que una editorial barcelonesa ha iniciado esta historia mínima entre nosotros. Y el primer volumen, que describe la vida española del siglo XV, es, sencillamente, delicioso. Arquitectura de marquetaría basada, empero, en una erudición honestísima —la de Jorge Rubio, que ha escrito este primer tomo— abre un sugestivo camino a nuestra bibliografía. Camino que debería continuar —en planos sucesivos— hasta los períodos inmediatos de nuestro pasado.

Acaba de publicarse el famoso libro de

ADA NEGRÍ

Sombra

editado por EDICIONES NAUSICA

Noticia de la joven poesía francesa

por JUAN RAMON MASOLIVER

NUESTRO encastamiento dura ya lo suficiente para que el título que encabezaba estas líneas no suene a petulancia, ni el lector pueda llamarse a engaño ante las noticias que siguen. Periódicamente nos trae el correo los números de «Confluences», de «Fontaines», de «Poésie 43», de «Mériidiens», de «Profil Littéraire de la France», de «Cahiers du Sud», alguna de las cien revistas de poesía que editan los franceses; otras veces son las antologías, como *Quarante Poètes 1942* (de «Confluences»), *Poètes Prisonniers* (de «Poésie 43»), como el *Panorama de la Jeune Poésie Française* (Robert Laffont ed., Marsella); más raramente *plaquettes* de novelas, algún libro importante traído por un amigo. Con lo que fuerza es que nuestros conocimientos no guarden proporción con mi curiosidad; mas si alcanzan a dar una idea del gran auge de la lírica conoce hoy en Francia, no será tiempo perdido.

Sin embargo, antes de pasar al tema no estará de más echar mi cuarto sobre el carácter de la lengua francesa, para ver el por qué y el cuánto de esa floración poética. Creo yo que a ningún lector curioso habrá pasado por alto la honda transformación sufrida por el idioma francés, de cincuenta años a esta parte. La lengua de la «clarté», el hablar lógico por excelencia, pasaron, en este período, a la Historia; de tal forma, que si Racine levantara la cabeza, luego clamaría por una muerte inmediata y definitiva. Porque el francés del XVII era un dechado de coherencia, linealidad y precisión; cuanto los franceses, de falta de naturalidad, imaginación y soltura. A lo que se añadía una sintaxis inamovible y un querer ver el mundo de determinada manera. Lo que, si día día las finuras de la Pleyade y la diadifanía cartesiana, no permitió —contrariamente a lo ocurrido aquí— el acceso de lo popular al mundo literario.

No a los románticos, sino a Baudelaire y los poetas malditos cabe el honor de haberse alzado —aunque tímidamente— contra esa lengua tan encadenada. Mallarmé y Valéry, después, con sus humanidades y el conocimiento de otras lenguas, desbrozaron el camino. Las docenas de *metèques* inventores de los movimientos de vanguardia, y sus seguidores franceses, pusieron el resto. Y para cuando caligramas, dadaísmo y adleres tenían triturado el silogismo francés, vinieron los surrealistas —con su escritura automática, sus poemas oníricos, su manía expresiva— a dar el golpe de gracia: todo lo que perdía en pureza, corrección y lógica, lo ganaba el francés en capacidad de análisis; mollecho para la prosa, se convertía en campo abierto a la poesía. Por eso, sin duda, el último gran prosista francés será André Gide. Y no deja de ser sintomático que aparezca, por entonces, el «*Traité du Style*», del surrealista Louis Aragon, excelente prosista metido —de ahí más— a poeta.

Así las cosas, las actuales desventuras de Francia (cuando no está permitida la política, se pierden los mercados exteriores, el país se hunde día a día, y las gentes lanzan miradas angustiosas al círculo) no podían menos de acentuarse, de multiplicar esa inclinación poética que estaba en el ambiente. Y aquí de las legiones de videntes, de nostálgicos, de enfermos, de predicadores; cada cual con su mensaje, con su río de versos, con sus quejumbres o sus proximos. Docenas de revistas y cánculos, montones de librillos, cientos de poemas. Algo semejante a cuanto conocimos en los años de Primo de Rivera, a lo que hoy empieza a suceder. Con la diferencia de que allí no tienen un «*Marinero en Tierra*» ni un lorquismo para darse a marineros y gitaneos; que no hay más que Rimbaud, Valéry y el Surrealismo, y en surrealistas, valerianistas y rimboldistas se han puesto a cantar.

Hace ya ocho a diez años que con los poemas libelistas de Aragon entró en la Poesía francesa la anécdota, el argumento. Contemporáneamente surgía (*Quête de Jolie*, de Patricio de la Tour du Pin, los primeros libros de Roger Lannes y J. Cayrol) y afianzaba cierto neosimbolismo. A lo que había de añadirse el llamado surrealismo de Paul Eluard, el mejor poeta francés vivo, cada vez en mejor forma. Sobre esa tres vías anduvieron los poetas del Armisticio. Añadiéndoles, acaso, cierta renovación de las líneas Mallarmé-Valéry y Corbière-Apollinaire, que me gusta atribuir a

los propios Eluard y Aragon, respectivamente.

De lo anterior a nuestro guerra, ¿qué quedó? El Surrealismo, como tal, ha fenecido (Bretón, desajado; Creel se suicidó; Péllet, muerto también en *mala modo*), aunque los jóvenes aprovechen de sus lecciones y Eluard sea la profundidad y Aragon la chispa de la Poesía actual. Superfuelle ha mandado un libro nostálgico desde Monteride; Reverdy, el maestro de los surrealistas, da con *Plain verre* la medida de su colmo; Desnos, el tráfugo, reaparece al cabo de los años con un libro final; P. J. Jouve suelta los truenos bíblicos; Henri Michaux persiste en sus inteligentes juegos de palabras; y Audébert, acordándose de que Eluard le lleva cuatro años, se pone a joven poeta, y juega al hermetismo mallarmeano, aunque sin lágrimas ni corazón. Pero todos ellos, valente *valente*, sufren el influjo de los nuevos tiempos, de los maestros de la juventud actual, y aun de esa misma juventud.

De esa juventud, lo que ha imperado durante un par de años ha sido el tono la *Tour du Pin*, transportado por Pierre Emmanuel de lo épico a lo elegiaco. La *Vie récluse* en *Poésie* marcó a toda la generación de la guerra; pero el cautiverio en tierra alemana sufrido por Patricio y la tragedia de una Francia ocupada, hizo pasar la antorcha a las manos exaltadas de Emmanuel, quien del *Tombeau d'Orphée* deriva *Clair Combats* avec tes *défenseurs*, o *Métropole du Mal*, o *Jour de colère*, nombres que aborran ulterior comentario. Y con Emmanuel, Alain Borne: o más que él, pues aquí todo es sangre, lodo, patetismo, ardores e imágenes, muchísimas imágenes. Con menos desigualdades que su compañero y mayor ciencia del lenguaje, ya que no tanto empuje. Y Ibsy Masson, inflamado como ellos de ardor sacro, quizá llamado a sobrepasarlos. Con menos voz, pero igual timbre, Luc Estang, Claude Serret y Robert Morel, considerable éste por su finura.

Eluardianos —aunque en mayor o menor grado lo sean todos los poetas de menos de cuarenta— me parecen Decauynes, el más dotado; Voronca, un tanto descaído de forma y con tendencia al verbalismo; el sonoro Richaud, Tavernier, Tavares Bastos, el sentencioso Stéfano Atroll. Más cerca de Aragon y Apollinaire está René Laporte, antiguo surrealista, uno de los mejores; como Poussot, Calveyrach, André Frénaud —una de las revelaciones del año— y Philippe Duménil, ejemplo de los estragos que pueden hacer aragonismo y emmanuelismo conjugados. A todos ellos podría aplicarse aquella afirmación de un crítico maldévolo: son parnasianos que leyeron a los surrealistas.

En mi entender, (si entender cabe sobre lecturas incompletas) son preferibles los poetas que más se atienen a cierta perfección formal considerado a la francesa. Pongo a la cabeza a Lanza del Vasto, cuyos dos volúmenes de *Le Chiffre des Choses* son paradigma de fruto sazonado. Partiendo de que el ojo es aculeur de rien, miroir de toutes choses, el poeta hace abstracción de su yo, se sitúa en los seres y en los objetos: nos explica por qué una rosa, un árbol, un animal, una joya, una mujer, un hombre son rosa, árbol, animal, joya, mujer y hombre. Todo ello con rigor matemático, con pureza poética. Con gran seguridad e inteligencia poéticas y rara capacidad de síntesis sube Charles Massonne, quien ha dado en poco tiempo *Masque de Faune* y *Chant Terrestre*, principio de un ciclo poético ambicioso. Añádanse Robert Genzo, François Dodot y Jean Tortel, de dicción finísima; Tourny, brillante y amargo; Prévert (paraje del cineasta Carné en la producción de «*Quoi de Brume*», «*Le Jour se lève*» y ese «*Les Visiteurs du Soir*» que está triunfando en las salas francesas), jugando a Villon y Péguy; Verdet, Gamarra, Seghers. Y entre los más jóvenes: el romántico Boulou, Fombeure, Lambert, Rambaud, Charles Bladier y ese Jean-Jacques Beaumont de quien no conozco más que el estremecedor poema *L'Homme sans tête*.

Los estrechos límites de un artículo no permiten detenerme, como hubiera deseado, en cada uno de esos poetas y en los muchos que dejé en el tintero. Valga, por hoy, la simple llamada de atención sobre el ambiente poético más auténtico de Europa.

ESCAPARATE

Gerardo Diego: ALONDRA DE VERDAD. — Ediciones Escorial. — Madrid, 1943. — Segunda edición.

En este su duodécimo libro de versos recoge el poeta montañés, amén de otras inéditas, algunas composiciones aparecidas en la revista canaria «*El Ciudad Vientoso*», en la sevillana «*Mediodías*», en «*Carmen*»; y en el primer «*Azora*», por los años que van de las postimerías de la Dictadura a la vigilia de nuestra Guerra; muchas —casi la mitad— figuraron en la propia antología que para la Colección Austral preparó el poeta; pero todas ellas, en su actual ordenación y establecido su texto definitivo, ofrecen carácter unitario, constituyen un manual de sonetos rigurosos, delicados y puros con su lugar propio en la acusada trayectoria de Gerardo Diego. Aquí hallará el lector aquel soneto a la Giraldita, el de «*Tanto una rosa un ruisecor eleva*», el «*Insomnio*», los del viaje a Filipinas. Y acusada, como nunca, la penetración que G. Diego quiere entre música y poesía. Sonadas notas —que llevan la mitad del volumen— echan luz sobre la génesis, el empeño, la interpretación de cada uno de los sonetos.

Leopoldo Cortés: EL DOLOR EN LA VIDA Y EN EL ARTE. — Ensayos Mediobiográficos sobre tuberculosos célebres. — Iberia. — Joaquín Gil, editor. — Barcelona, 1943.

Tras unas consideraciones sobre el Arte y la Patología y exponer las reacciones psicológicas de los tuberculosos y los distintos caracteres —más o menos patológicos— que pueden inclinarlos mayormente al cultivo de las Bellas Artes, el joven médico español pasa a ejemplificar sus curiosos puntos de vista con el examen biográfico de unos cuantos santos, escritores, músicos y actores. Así a través de retratos, descripciones de biógrafos y palabras del santo, va deduciendo el cuadro patológico de las enfermedades del «*Pobrecito de Asís*»; heciques, infección de las caputulas suprarrenales, conjuntivitis traumática, dolencias que —sin negar a la cantidad lo que le es propio— explicarían, en parte, la maravillosa figura de San Francisco. Igualmente, la tesis de Santa Teresita del Niño Jesús, la neumonía aspirativa —convertida, luego, en tisis caseosa— de San Luis Gonzaga. Y entre las mujeres célebres, la Dama de los Caminos, Eleonora de Pompadour, María Bashkirtseff. Como las tuberculosis literarias e imaginarias del siglo XIX, que el autor ejemplifica en Teresa Guiccioli, la amante italiana

de lord Byron. Como los trágicos casos de Rosales, de Bequer, de Leopardi, de Weber, de Chopin, de Mozart. Tuberculosis fue *Watteau*; (Isticós, Shelley, Musset y Keats; como en su juventud, Chateaubriand y el propio Goethe.

Todos estos y otros casos y nombres pasan por las páginas del doctor Cortés en esos breves biográficos en que se busca más el interés literario que la erudición médica. La novedad del tema —por lo que a nuestros letras respecta— despierta el interés del lector que, en gracia a lo dicho, puede abordar el libro sin temor a arideces científicas.

Vicente Ferraz y Casán: ANA-FRANCA. Visión del Quijote. — Editora Nacional. — Madrid, 1943.

Del «*Quijote*», de las Esquimas, de las comedias cervantinas, de tal poesía suelta va sacando el joven profesor los elementos para trazar nueve cuadros biográficos de los Manos de Leganes que llenan desde la aparición de «*La Galateya*» y la boda con Catalina de Palacios Salazar hasta la redacción del libro inmortal. Con natural erudito, el diálogo teatral —formado a parientes y ámbito del escritor— con personajes, caracteres y situaciones procedentes de la obra cervantina. Así, el cura del escritorio es el cuñado de Cervantes; el barbero, su

co-censor, es el de Esquivias (es decir, el del pueblo de Catalina), el tío de su mujer, metido en cazas y libros de caballería, es el propio Alonso Quijano. Y Preciosa, Ana-Franca: la madre de Isabel, hija natural del autor del «*Quijote*». Sin contar los episodios de Argel; sin olvidar lo de Lepanto.

«*Dase hoy a luz* —dice Ferraz en el prólogo de su libro— por sólo desagraviar el azulado castellano, que hombres chules y hebetes, despedazadores y tahures de vocablos, traento a agónico desvario. Con lo que dicho está que todo el se resiente de cierto acrisolamiento por bien logrado menos fatigoso: como tediosa es la reconstrucción de un Viollet-le-Duc. Aunque, en lo literario, la necesidad de encajar citas cervantinas por entre las frases de los interlocutores justifica, en cierto modo, el sabor anticuado

SECRETO A VOCES

Continuando sus libros ilustrados, ha corregido y está editando Eugenio PONS sus últimas pruebas de «*Tres lecciones en el Museo del Prado*». El nuevo libro, que es introducción a la crítica de Arte, se subdivide en tres partes: crítica de las formas, crítica del sentido. Lo publica Ediciones Españolas.

Azorín ha declarado recientemente a un periodista: «*Tengo, preparados ya tres o cuatro novelas. Una de ellas en la «Editorial Destino*», de Barcelona, que lleva por título «*La isla sin auroras*». Otra, en «*Espasa-Calpe*. Una más, titulada «*El enfermo*», que va a publicar una nueva entidad, la «*Editorial Adam*», sin fines lucrativos, por una pura cuestión de amistad. Y, además, mis «*Memorias*», que voy a lanzar de momento en un solo tomo. Son unas «*Memorias*» sin resentimiento, sin conceptos amargos ni ideas de las formas», crítica del sentido. Lo publica Ediciones Españolas.

La semana que viene aparecerá «*Pensamientos y aventuras*» de Winston S. Churchill. Con el se inaugura la serie de libros del gran estadista inglés que anuncia José Janés, editor.

La editorial «*Montaner*» y Simón, S. L., proyecta la publicación de una serie de moralistas antiguos y modernos. La serie se iniciará en breve con el «*Manual de Epictetos*», seguido de la «*Tabla de Cebes*», traducción de J. M. Pons, y «*Epictetos*», que el doctor F. Mirabent, profesor de la Universidad de Barcelona, y por Miguel Dolé, catedrático de Lengua Italiana.

REVISTAS

VEHICULO. Revista Nacional de F.E.T. de las J.O.N.S. — Madrid, núm. 94. — M. Meca Huertas: «*Variaciones del Retrato*». Exposición de autorretratos de pintores españoles (1860-1943), con 23 reproducciones en huecocalado.

MEDICINA CLINICA. — Organ de la Facultad de Medicina, Hospitales y Sociedades de Medicina. Dirigida por el Prof. Pedro y Pons y el Dr. Saró. Aparece esta revista en unidad presentada, llenando hasta 80 páginas, en que abarcan los estudios de nuestros especialistas. Los doctores Pons, Calveyrach, Galland, Bayard, A. Puiguet, E. Figueras, Saró y Alenany Vall, entre otros, desarrollan temas interesantes que, a continuación, son resueltos en alemán, francés e inglés y llevan de correspondencia bibliográfica al pie. Una contribución noble al buen nombre de la Ciencia española.

CISNEROS. — Revista del Colegio Mayor «*Insener de Cisneros*, Universidad de Madrid. Núm. 4. — «*La cultura en el Nuevo Orden europeo*». Fr. Mario Agustín Pinto. O. — «*Un hombre ante el problema de la Estándar*». Conferencia. — J. M. Navarro Mera: «*Recuerdos de un viaje de estudios por Italia*» («*La vida en la Ciudad Universitaria de Roma durante esta guerra*»). Poemas de Eugenio de Nora, J. M. Valverde. J. M. Diego: Francisco Laín Bertalán, y traducciones de afine Poetas, de la agnada de La Rochefoucauld. Ignacio B. Amestegui: «*Nuestros los americanos*». Crónica de Berlín y nutrida bibliografía.

MAS DE 200 ARTICULOS cuidadosamente seleccionados de las mejores revistas y periódicos del Mundo, integran el sumario de ocho números que hasta ahora ha publicado.

MERIDIANO

la gran revista española, síntesis de la Prensa mundial, que nunca defraudará su interés.

100 PAGINAS, PTAS. 3

Ard. José Antonio, 45.— MADRID

LA PINACOTECA

MARCOS Y GRABADOS. P.º Gracia, 34. Tf. 13704.

EXPOSICION PERMANENTE